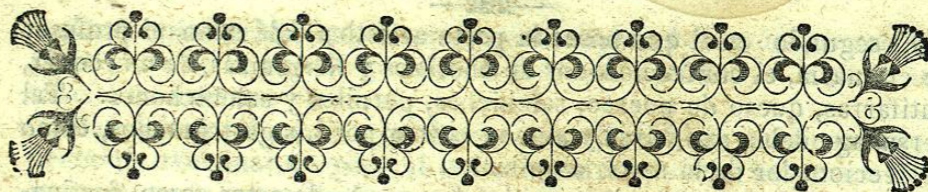


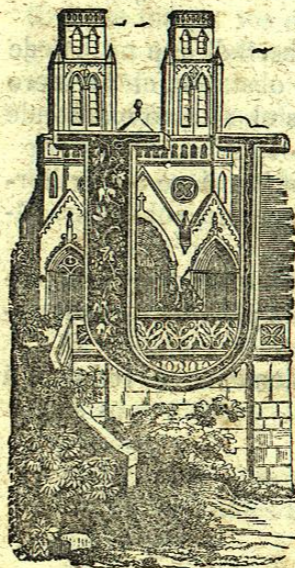
Lit. de M. Murquin y C.

EL TOCINERO.



EL TOCINERO.

UNA PERSONA DE SUSTANCIA.



El *tocinero* puede considerarse de tres maneras; ó como dueño de tocinería, ó como vendedor de tocino, ó bien como sacrificador de cerdos. Sin embargo, son tres personas distintas, con diferentes atributos.

El primero es el especulador en grande, el propietario del establecimiento, con sus puntas de naturalista, y cuyos conocimientos teórico-prácticos no se emplean mas que en comprar carne viva para venderla muerta. Perteneces, pues, á la categoría del negociante.

El segundo es el que posee la parte artística del ramo, el profesor de culinaria, el confectionador de chorizos y longanizas, de morcones, putifarras, queso de puerco, salchichas, perniles y salchichones. Tal personaje debia estimarse y aun se estima por los gastrónomos, como perfeccionador de la materia animal.

Pero no se trata del primero ni del segundo de estos seres, destinados á verificar el adagio de *la carne cria carne*; trátase, pues, del último, esto es, del sacrificador de cerdos, hombre cuya organizacion se habria tenido por la mas perfecta para ejercer el sacerdocio en los tiempos del canibalismo. Así como el gato es el enemigo jurado del raton, el *cacomistle* enemigo natural de la gallina, la araña de la mosca y el *monarquista* del *puro*, el tocinero es el enemigo nato del cerdo. Persona acostumbrada desde su niñez á nutrirse con chicharrones y á distinguir lo magro de lo gordo, encamina sus instintos á perfeccionar ese gusto, y, abandonando, como todas nuestras clases menesterosas, los trabajos de la civilizacion y otras exigencias sociales, que valen dos cominos, como la instruccion primaria y religiosa, se lanza desde luego á un mundo de mas sustancia.

En ese mundo el vestir está de mas; y si no fuera por la idea retrógrada del pudor que nos trasmitió Adan, el tocinero, libre de trages de moda y otras preocupaciones, se nos presentaría como el primer padre de la humanidad, mostrando sus varcniles formas brillantes de grasa, y suprimiendo el ligero calzon de manta arremangado hasta el punto mas alto de sus muslos.

Todo esto revela un instinto de amor á la libertad, que no puede conciliarse con la esclavitud en el trabajo, y no obstante, el tocinero se hace esclavo de la tocinería, quizá porque es el mundo en donde respira mas sabrosamente.

Las grandes dotes morales del tocinero, se limitan á no sentir horror á la muerte, saber vivir sin filosofia y no discurrir, sobre cosa alguna.

Si la variacion causa el deleite, esto no se halla en el tocinero, cuya existencia uniforme es una especie de garantía para los que diariamente se alimentan con la carne del puerco.

Las facultades físicas de nuestro héroe, simplemente se reducen á estas:

- Necesidad de comer,
- Destreza para matar,
- Un solo gusto al oler,
- Uno para oir y ver,
- Y algun tacto al desollar.

Con estas dotes, al tocinero se le pasa la vida como agua, y estima su oficio sin calcular su utilidad ni las fatales trascendencias que á la sociedad traeria su falta.

¿Qué seria de México, donde la manteca es el alma de las cocinas? ¿Qué seria de la cria de ganado cerdoso que constituye la parte sustancial de nuestras viandas?

Mas dejemos á un lado las digresiones filosóficas, pues con solo el hecho de examinar un poco al tocinero en su trabajo, habremos necesariamente de convenir en que con todo y sus pocas dotes, es en realidad una persona de sustancia.

De paso advertiremos, que nuestro tipo no pertenece á la raza indígena y de sangre sin mezcla; á lo menos, en las grandes ciudades, generalmente es lo que se llama un mestizo, pues sabido se tiene que el indio puro pasó entre nosotros desde ser antropófago hasta repugnar el derramamiento de sangre bruta. No obstante, el indio suele reemplazar esa repugnancia con el odio, que es lo que ha llegado á formar su carácter. De éste y del carácter inteligente del blanco, se halla formado el del tocinero, sin modificacion de ninguna especie.

El tocinero duerme poco, segun el uso de los que se dedican á dar vida á la sociedad; tiene el oido, si no educado para los placeres flarmónicos, bastante espedito para oir de lejos la piara destinada á sucumbir bajo su cuchilla puerquicida.

Llegada la hora de ejercer el cruento oficio, y una vez señalado el *cochino* mas bien cebado, se apodera de él, lo maniatá, lo bota patas arriba, y sin cuidarse del agudo y rasposo chillido de la robusta víctima, le tantea los órganos vitales, y hunde el cuchillo con mas sangre fria, que lo hace en el seno de la patria un gefe profesor de pronunciamientos.

Mientras el cerdo largamente agoniza y chilla, el sacrificador dispone la hoguera para chamuscarlo y la agua hirviendo con que á continuacion le dá un baño, moralmente comparable al que recibe un comerciante, en pequeño, de mano de un aduanero.

Una vez bañado el cerdo, entra la segunda cuchilla de dos empuñaduras, y en quítame allá esas pajas, la piel desaparece, como vale de alcance, entre las manos de un agiotista.

El diestro tocinero, sin mas melindres ni ascos, desentraña al difunto, separa vegiga de asadura y tripas de riñones, decapita al muerto y dispone la fritura, separando la parte de carne que ha de venderse.

Hecha la fritura y colada la grasa, quedan los chicharrones, sobre parte de los cuales el tocinero tiene un derecho imprescriptible: son su alimento.

Síguese el beneficio de la manteca, del que no hablaré, pues no se trata de escribir un curso de tocinería; así es que concretándome á dar idea de mi hombre, diré, en resúmen, que el tocinero vive esclavizado.

Que se esclaviza por su gusto, como un liberal egoista.

Que vive y anda desnudo, como idea revolucionaria en tiempo de libertad.

Que conoce poco la religion, como muchos que la defienden.

Que sus instintos dia por dia empeoran, como los del pueblo en una plaza de toros.

Que su dialecto es anti-gramatical; pero inteligible para él y para sus compañeros, cosa que no sucede en política.

Que sus tecnicismos, indispensables para entenderse en el oficio, de nada pueden servir á la Academia de la lengua, ni á los lectores de este artículo que no sean tocineros; y dado caso que alguno de ellos lo sea, la repetición de frases que tiene que usar todos los dias, le cansaria inútilmente la lengua, y tendria lugar para quejarse de no encontrar nada nuevo, aplicando el refran de que *lo viejo por sabido se calla*.

Era lo de menos indicar, como de paso, algunos de los términos técnicos del tocinerero; pero esto, sobre tener el inconveniente de que no se entendiesen, como sucede muchas veces con la palabra *libertad*, en boca del que no es libre ó no ha pensado en serlo, ó bien con la palabra *constitucion*, que cada cual la quiere explicar á su modo; ó esta otra, *garantías*, cuando se ignora de qué género serán; sobre tener este inconveniente, repito, habria otro mayor, el de difundirnos escribiendo un vocabulario, que varia sus dicciones en cada provincia, en vez de presentar un tipo, el cual no se constituye de palabras; y á propósito, qué bueno seria que las palabras constituyesen al hombre!

Dada esta explicación, volvamos á nuestro hombre, concluyendo con decir de él, que desnudo, ignorante y esclavizado, como está, es uno de los seres que cuasi han llegado á ser para la sociedad tan interesantes como un buen Ministro de hacienda, que es la sustancia de un gobierno cualquiera.

Quizá el tocinerero es la personificación de un mal contraído en sociedad; quizá su aparición en el mundo ha sido el principio de los humores linfáticos; quizá es el inocente origen de que, individuos que no debian alimentarse con manteca, por tenerla en abundancia, vicien sus humores y no puedan servir á la patria, porque corren el peligro de derretirse, ó de no poder ya vivir donde falten *puercos* que contenten su paladar.

Pero sea de esto lo que fuere, el tocinerero es un hombre indispensable, insuprimible en este pais, donde la grasa tiene un lugar entre los efectos de primera necesidad, y sobre todo, porque nuestro personaje mas le dá que le quita; pues á escepcion de algunos chicharrones y parte de las entrañas de los cerdos, que son para él tan buenos gajes como las obvenciones de cualquier administrador de aduana marítima, el tocinerero no causa molestias á los sombrereros, sastres, zapate-

ros ni maestros de escuela. Es un personaje barato, cuya filiación podria hacerse de esta manera:

Color abronzado, en general;

Ojos, grasientos;

Brazos, mantecosos;

Piernas, lustrosas;

Cabeza, tambien mantecosa;

Ropa, ninguna;

Señas particulares: se le conoce solamente, porque lleva en la cabeza una cacerola de cobre llena de manteca, que conduce á la tienda ó á la paila del jabon.

Ahora bien, conviniendo en que la manteca es la sustancia mas sustanciosa para la sociedad, debemos convenir igualmente en que no es impropio llamar al que la proporciona, hombre de sustancia.

Juan de Dios Arias.

